

En conclusión, el libro de Thomas Fischer y Anneliese Sitarz constituye una obra agradable y un valioso aporte para la investigación de la historia colombiana de principios del siglo XX.

Andrés Jiménez Ángel

*Maestría en Derecho, Universidad de Bremen, Alemania
Universidad de La Sabana- Universidad El Bosque*

Ary R. Campo Chicangana, *Montoneras, deserciones e insubordinaciones Yanaconas y Paeces en la guerra de los mil días.* Cali: Feriva S. A. 2003.

Montoneras, deserciones e insubordinaciones, es el trabajo historiográfico del indígena Yanacona Ary Campo Chicangana ganador del II Concurso de historia local y/o regional del suroccidente colombiano, propuesto por la secretaria de cultura y turismo municipal, y el archivo histórico de Cali.

Es un original trabajo que logra reconstruir la compleja participación de los indígenas Yanaconas y Paeces en la guerra de los mil días, tomando distancia de las interpretaciones historiográficas convencionales que subrayaban el papel hegemónico de los terratenientes en sus forzosas reclutas, y al indio como una víctima pasiva de violencias incomprensibles. Penetrando en el plano de las convicciones y vínculos culturales frente al discurso liberal, que los indígenas integraron de manera parcial a sus seculares añoranzas, socialmente frustradas por unas elites nacionales que los llevaron al marginamiento. Proyectando a través del discurso ilustrado arcaicos anhelos y rencores, que se remontan a lo más profundo de su memoria colectiva.

El trabajo estudia de manera separada la participación de los grupos indígenas, reconstruyendo los procesos sociales y culturales, que se integran en sus gestas armadas a través de paisajes geográficos y acciones militares, que se recomponen con la fidelidad y la pasión que permite el encuentro de la memoria oral y escrita en la escenificación del pasado.

Los Yanaconas están ubicados al sur de Popayán, su territorio actual va desde las faldas suroccidentales del volcán Sotara hasta los actuales municipios de San Sebastián Y Bolívar, al sur de Almaguer; y el territorio Paez que se extendía desde las faldas occidentales de la cordillera central hasta Tierradentro, en límites con el estado del Tolima en la cordillera oriental; al sur prácticamente limita con Popayán, el Purace y Sotara, mientras por el noroccidente van hasta cerca de Florida.

Su participación, mayoritariamente en el liberalismo o en las filas conservadoras, será activa y feroz, incluso una vez derrotados los ejércitos liberales del norte y de Panamá las guerrillas liberales permanecerán activas. En el sangriento curso de la guerra se presentaran múltiples desertiones e insubordinaciones del pie de guerra indígena, debido a los malos tratos, la precaria alimentación, y el reclutamiento forzoso de las huestes gobiernistas. Donde se presentan el mayor número de desertiones, subrayando las distancias ideológicas y el rencor generacional a terratenientes conservadores, así como a instituciones como la iglesia, e incluso escuelas, que representaban a los actores sociales de su desventura histórica y de sus incompatibilidades ideológicas.

El plano cultural juega un papel cardinal dentro de la estructuración de las guerrillas liberales, integrado a partir de los procesos de aculturación del indio, emprendidos por mestizos y blancos “letrados” que difunden fragmentos del discurso liberal, encontrando eco en el drama de las poblaciones indígenas receptoras de los valores del Progreso, la Civilización y las Luces, como derroteros a seguir por sus pueblos, más aún, cuando sus autoridades fundadas en la tradición y el comunitarismo político, asumen estos valores como propios; es el caso del coronel indígena Manuel de Jesús Chicangana, que a través de sus esfuerzos privados funda una escuela al interior de su resguardo; la formación de un club revolucionario en el eje geográfico guerrillero Tacueyo-Pitayo, que se llamo el “club de la montaña”; así como las acciones guerrilleras que repetidamente atacan las escuelas del gobierno, quemando útiles y otros implementos escolares.

El papel que juegan las autoridades indígenas en el reclutamiento y movilización de las guerrillas es de primer orden, como lo recuerdan los abuelos indios que señalan su participación y la de sus hermanos en la guerra a través de una minga de la comunidad. Los jefes tradicionales se remontan a antiguos caciques, guerreros o médicos tradicionales; es el caso de los Güeinas y Yotengo entre los Paeces, y de los Calambas y Chicangana entre los Yanaconas. Situación que se expresa para el caso Paez, con un menor grado de aculturación, en algunos rituales de guerra como el de arrojar a los enemigos al fondo del río, con piedras amarradas al cuello, gesto de alto contenido simbólico. El papel que desempeñaran en el campo militar era decisivo para la suerte de los grupos que comandaban, mas aun, cuando los grupos solo obedecían a sus antiguas autoridades.

Las huestes guerrilleras sobrellevaban las precariedades de una mala alimentación; un insuficiente aprovisionamiento de armas, municiones y ropa de campaña, que no iba mas allá de un pantalón, una ruana de lana y unas alpargatas; un precario arsenal compuesto de escopetas de fisto, machetes,

lanzas, garrotes, y algunos fusiles Remington, Mausser y Grass; así como la falta de disciplina militar y de un entrenamiento técnico. No obstante sus innumerables carencias, siempre anhelaron erigir un ejército de fuerzas regulares, con sus jerarquías y distinciones, y con sus derechos en el campo de batalla; siendo este último el objetivo principal de unas fuerzas irregulares, que en el transcurso y deterioramiento de la guerra, pasaron a ser llamadas por los ejércitos gobiernistas como “montoneras” o “bandas de salvajes”.

La composición de los ejércitos experimenta distintas formas que van desde el reclutamiento forzoso, arrastrando a caballo a los nuevos reclutas hasta los campamentos; hasta los voluntarios que se inscriben en las filas liberales provenientes de pueblos mestizos que tenían contacto con comerciantes, arrieros, o distintas personas que mantenían algún tipo de relación con el ideario liberal, que terminó circulando al interior de dichas comunidades; pasando por el reclutamiento casa por casa, las peonadas que los hacendados de la zona Paez ofrecían a las fuerzas en combate, diferentes formas de presión, o la opción de encontrar un sustento y un abrigo en las filas militares.

En un principio, cuando la guerra no había alcanzado el deterioro a que es llevada por los desmanes y la falta de recursos, las fuerzas guerrilleras y gobiernistas se aprovisionan de alimentos, prestamos, y salvoconductos al transporte, algunos de estos fueron devueltos a sus propietarios; avanzada la guerra no se toman ningún tipo de consideración, a excepción de los partidarios políticos que se ven obligados a aumentar las donaciones a que estaban obligados.

Las confrontaciones militares, que reconstruyen fielmente a los grupos y sus dirigentes, sus recorridos, sus despliegues de ataque y los repliegues a sus bastiones de defensa como el cuartel liberal de Osowaico en los combates de Flautas en territorio Yanacona. Enfrentados a fuerzas tan dispares en organización, número y aprovisionamiento, se ven obligadas a asumir estrategias de defensa que se generalizan en el curso de los enfrentamientos; como la disolución y la dispersión de fuerzas, marchando en diversas direcciones rumbo a sus hogares, para un posterior encuentro en un lugar acordado previamente, desintegrándose en partidas que fluctuaban entre 10 y 20 hombres, convirtiéndose en una de sus mejores tácticas de guerrilla; rehuyendo permanentemente el combate frontal, en rápidos ataques y retiradas a pueblos reconocidos como conservadores, donde la guardia local es débil. Situación a la que se ven obligadas las guerrillas ante sus constantes derrotas y la muerte de sus dirigentes, frente a fuerzas superiores que emprenden las muchas veces infructuosas persecuciones y caserías, para luego verse enfrentadas a grupos recompuestos y fortalecidos, con nuevos dirigentes al mando. Las derrotas que sufren las guerrillas liberales son desastrosas, como

el combate de la Sierra, que acabó por liquidar a las guerrillas del Sotará, así como el combate que sostienen las guerrillas yanaconas en Río Blanco y Calibío; sin embargo las acciones guerrilleras no cesan, los acosos a los pueblos, el robo de ganados, el sabotaje a las líneas telegráficas, el robo de caballerías entre otros, preocupaban sinceramente al gobierno que ve truncadas sus líneas de comunicación, y amenazado el transporte de recursos.

Ante tal dispersamiento de las guerrillas liberales y de su plan guerrillero, las fuerzas gobiernistas ante sus infructuosos avances, se desalientan e irritan, generando una desbandada mayor de violencias: robo de ganados, alimentos, golpizas públicas, colgamientos, fusilamientos, hasta llegar al secuestro de las mujeres de los combatientes, medida que surte efecto en los beligerantes que se presentan armados o desarmados en búsqueda de sus mujeres. El nivel de represión que alcanza la guerra lleva a la detención domiciliaria de todos los liberales, a excepción de los agricultores y vivanderos, una vez solicitados sus pasaportes; otorgando poderes a los ciudadanos conservadores que podían aplicar multas a quienes infringieran tales normas. Desatando feroces retaliaciones de las guerrillas liberales, generalmente a pequeños pueblos de reconocida raigambre conservadora; reactivándose y reorganizándose en números significativos los movimientos, conduciendo a fuertes y permanentes medidas represivas de parte y parte, fusilamientos, golpizas y agotamiento de recursos. Llegados a este estado de descomposición, la firma de los tratados de paz, el del general Herrera en noviembre, y la capitulación del general Uribe Uribe, son factores que incidieron para que las guerrillas comenzaran a desactivarse.

Finalizada la guerra, se cierra un capítulo más de nuestra sangrienta historia nacional, y de sus avatares políticos; mientras aquellos indígenas que participaron con pasión y fiereza en una guerra que aún pervive en la memoria colectiva de sus pueblos, se vieron despojados paulatina e inevitablemente de sus tierras, marginados en la periferia nacional en un intersticio nominal donde no eran ni salvajes ni ciudadanos, y olvidados en el proyecto nacional ilustrado.

El Trabajo de Ary Campo, se convierte en un aporte significativo para los trabajos historiográficos de la región, presentando una propuesta de análisis cultural sólida y sugestiva, para pensar los complejos procesos de construcción nacional, y el proyecto ilustrado en el siglo XIX. Al igual que logra construir un patrimonio de las comunidades indígenas, rescatando la memoria oral y las visiones populares de los abuelos Paeces y Yanaconas, en un registro docto inescindible del saber popular.

Carlos Manuel Jiménez Aguilar
Estudiante de la Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia